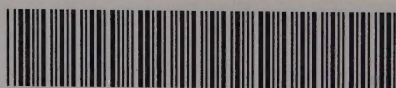


pam (B) / ALZATE



22501290224

AGUSTIN ARAGON LEIVA

de la Academia Nacional de Ciencias Antonio Alzate

E L O G I O
A
A L Z A T E



EDITORIAL CVLTVRA

MÉXICO, D. F.

1942

pam (B) / ALZ

FE DE BAUTISMO

D. JOSE ANTONIO DE ALZATE Y RAMIREZ

En el Cuadrante de la Parroquia de Santa María Ozumba, México, hay un libro que comienza el 2 de septiembre de 1735 y termina el 30 de noviembre de 1775; y en este libro hay una partida a fojas 7 frente, marcada con el número 53, y que a la letra dice:

Al margen “Joseph Antonio —español— P. N° 53’ Se sacó esta partida en 30 de Marzo de 43, pa. lo Editor del Museo Mejicano.—José M. Zúñiga.—(Rúbrica)”.

Al centro: “en veinte i uno de Nobe. de setesientos i treinta i siete, Venia Parrochi, Baptise i puse los stos olios a Joseph Antonio, hijo lego. de Dn. Juan Phelipe de Alzate, y de D^a Josepha Ramírez fueron Padrinos Dn. Joseph Marulanera y D^a estephania Ramírez a quienes amonesté su obligación i parentesco i lo firme.

Fr. Augustin de Valdes.—(Rúbrica)”.

Es copia fiel del original

Parroquia de Sta. María Ozumba, México, 26 de octubre de 1942.

El Párroco
Pbro. Marcelino Buitrón
(Rúbrica)

Esta copia fué obtenida por el señor don Antonio Pompa y Pompa, Secretario General de la Academia Nacional de Ciencias Antonio Alzate.

INSCRIPCION EN LA PLACA QUE
FUE COLOCADA EL DOMINGO
19 DE NOVIEMBRE DE 1942
EN LA CASA DONDE NA-
CIO EL PADRE ALZATE

En esta casa nació en noviembre del año 1737, José Antonio de Alzate y Ramírez, genial filósofo, insigne periodista, incomparable patricio y honra eterna del pensamiento científico en la nación mexicana.

La Academia Nacional de Ciencias Antonio Alzate dedica esta lápida a su memoria, el 29 de noviembre de 1942, fecha en que fué exaltado a la altísima gloria que merece nuestro preclaro enciclopedista.

Dr. Fdo. Ocaranza
Pdte.

Ant^o Pompa y Pompa
Srio.

PREFACIO

El 3 de enero de 1942 pereció trágicamente el señor ingeniero don Valentín Gama, insigne cosmólogo y patriocio mexicano.

Para exaltar su memoria, el Prof. Agustín Aragón Leiva, su discípulo predilecto, fundó en el seno de la Academia Nacional de Ciencias Antonio Alzate y bajo los auspicios de ésta el Curso Valentín Gama, de historia y filosofía de la Ciencia, el cual inició en este año con un ciclo de XXI conferencias expositivas de la concepción científica del Universo de Copérnico a Einstein.

Las lecciones XIIª y XIIIª, sustentadas los miércoles 18 y 25 de noviembre, comprendieron la apreciación sintética de la evolución del pensamiento científico en México, desde las culturas qborígenes hasta las postrimerías del siglo XVIII.

En la última indicada, se aprecia la significación, valía y trascendencia del Presbítero y Bachiller don Joseph Antonio de Alzate y Ramírez, patrono de la referida Academia.

Por este motivo, un grupo de ozumbeños, encabezados por los señores don José Sanvicente y don Antonio Brun, deseosos de que en Ozumba, que se ha honrado como cuna del notable enciclopedista con la denominación de Villa de Ozumba de Alzate, se conozca por todos sus hijos y especialmente por los jóvenes la vida y la obra de

su conterráneo, invitaron a la Academia de Ciencias y al Prof. Aragón Leiva para que dentro del espíritu que ha informado al Curso Valentín Gama, se exaltara la figura del gran periodista y filósofo de la Nueva España en su propio solar nativo.

El Elogio a Alzate que hoy sale a la luz pública gracias al civismo y a la gentileza de varias personas y del Director de las Bibliotecas del Departamento del Distrito Federal, entre las que figura la Biblioteca Antonio Alzate, ubicada en la antigua Villa de Guadalupe, hoy Gustavo A. Madero, se imprime como una contribución de dicho Instituto, al noble deseo de los vecinos de Ozumba y de San Vicente Chimalhuacán para que sea difundida y conservada la trayectoria genial del P. Alzate.

Este ELOGIO, leído por su autor en el acto extraordinario de la Academia Nacional de Ciencias efectuada en las Casas Consistoriales de la Villa de Ozumba, de Alzate, el domingo 29 de noviembre de 1942, viene a ser como la primera piedra simbólica del pedestal que levantará el busto ya esculpido del astrónomo y naturalista ozumbeño y cuya terminación ha sido encomendada por la Academia y autoridades así como por la Sociedad Antonio Alzate Pro-Ozumba y vecinas de las dos villas mencionadas, a los artistas René Villalobos y Lorenzo Fabela.

La Academia Nacional de Ciencias Antonio Alzate agradece las atenciones y gentilezas que ha recibido en la preparación y desarrollo de esta glorificación de su patrono, y para perpetuar este acontecimiento ha creído que nada podrá haber más adecuado que el convertir a Ozumba en un centro de cultura, y por ello es que ha prohibido la fundación de una biblioteca en este sitio que llevará el nombre de José Antonio Alzate y para la cual se han recibido ya varios donativos, entre ellos cien volúmenes obsequiados por el autor del ELOGIO.

Ojalá que todos los que lean estas páginas y se sientan conmovidos por la vida generosa y creadora del Padre Alzate, regalen algún ejemplar para esta biblioteca por conducto de nuestra Academia.

Ozumba, 29 de noviembre de 1942.

ANTONIO POMPA Y POMPA,
Secretario General de la
Academia.

ELOGIO AL PBRO. BR. D.
JOSEPH ANTONIO DE ALZATE Y RAMIREZ

En esta caída de la tarde, de aire cristalino y frígido, al amparo de los dos gigantes de la Sierra Nevada, dirigido nuestro pensamiento a las más puras regiones del ideal y nuestro corazón a exaltar a quien fué inmenso corazón y pensamiento en llama, podemos decir que la Naturaleza nos contempla.

El panorama que se abre ante nuestra mirada por el Oriente, es un panorama de armónica belleza clásica. Es un panorama de eternidad, un panorama que estremece y cuyo sinuoso perfil tallado en diamantes, es simbólico de lo que amamos de México.

Es un axioma social que el mexicano ama entrañablemente a su patria; y porque lo es, son pocos quienes escudriñan en la índole de ese cariño.

¿Por qué amamos a México? Lo amamos porque sus horizontes fueron labrados en nieve y en granito, en ámbar y en fuego; lo amamos porque es fuerte en contrastes, variado en perspectivas, ameno en climas, abundoso en su flora e imponente por todos sus confines de montaña, llanura y océanos.

Pero lo amamos por algo más, que es indefinible e indecible para quienes no están habituados a la rigurosa disciplina del estudio y no han descifrado el libro enigmático de la historia. Un algo más que el corazón descubre y denuncia jubilosamente y lo presenta con la más ingenua certidumbre: México es un pueblo de maravilla

y es un país de talentos que con sus expresiones han hecho interesante, intensa y valiosa nuestra historia y nuestra vida.

Del amor ciego y sin potencia para resistir todos los embates al amor fulgurante de la conciencia que analiza y juzga para reclamar sus derechos, hay una abrupta distancia que corresponde a quienes por vocación, por privilegio o por destino consagramos nuestra energía física, moral e intelectual al estudio, ayudar a que sea salvada por todos aquellos cuya actividad sigue por otros caminos no menos verdaderos y más ingentes por cuanto que son los que conducen a la actividad social que es la vida cotidiana misma y la satisfacción de sus ineludibles necesidades.

La Naturaleza nos contempla como para explicarnos que en un escenario que han batido las centurias con sus ciclópeos instrumentos del seno de una misma familia, de un tronco común, en él abrieron la vista al pasmo de las nieves eternas dos excepcionales seres humanos que bastan para llenar de esplendorosa luz a la Nueva España que fué madre de nuestro México.

En este ambiente de fábula, nacieron, respectivamente, en los siglos XVII y XVIII Juana de Asbaje y Ramírez y José Antonio de Alzate y Ramírez, tía y sobrino, relevantes pruebas de la jubilosa certificación del pueblo mexicano a su voto por participar en los fastos más genuinos de la cultura de Occidente.

En noviembre de 1737 nació en esta aldea consagrada a la piedad de la Virgen Madre como Santa María Ozumba y en su Parroquia, que entonces lucía sin estorbos su alegre y rítmica portada y dentro la riqueza de sus retablos, fué cristianizado el día 21, con los nombres de Joseph Antonio el hijo legítimo de Joseph Felipe de Alzate y de Josepha Ramírez.

Día en que los campos habrán vuelto a abrir sus flores y las abejas destilado miel hiblea; día memorable, que es uno de los días más grandes de la historia de México y de América.

Aquel infante estaba destinado a ser un sol, un sol ejemplar de su generación y de las generaciones futuras. Nacido en el XVIII su aliento iba a resonar hasta el XX, nuestros días, como una voz amorosa nunca fatigada de predicar en el desierto.

Alzate, así le nombra la historia, así le proclaman sus iguales, así le ilustran sus continuadores, sigue siendo a doscientos años de su existencia terrenal, un hombre de nuestro tiempo, como lo fué del tiempo de nuestros padres y de nuestros abuelos.

La actitud mental que normó su criterio es una actitud perennemente joven y por ello, cuantos de los problemas que planteó y quiso resolver son aún nuestros problemas.

Pugnan ahora todavía en los campos de la cultura dos tendencias que se han hecho antagónicas cuando deberían ser complementarias y subsidiarias para convivir en la más fructuosa armonía.

Los artistas y los científicos, a lo menos en la equivocada opinión de los primeros, no pueden estar juntos en este mundo. Al lado de los artistas forman los filósofos, que estiman en más las construcciones de la imaginación que los resultados del lento y penoso raciocinio sobre los datos de la experiencia.

El desdén que es prototípico en nuestros días de poetas, pintores, músicos y filosofantes, para la ciencia está claramente expresado en la sindicación de uno de nuestros más aplaudidos escritores cuando calificó con desdén a la ciencia como **algo que no sirve sino para construir aeroplanos**, es decir, instrumentos de transporte rápido como de rápida matanza.

Este criterio, tan antiguo como al cultura, recogido en las palabras que Aristófanes suelta en *Las Nubes* como burla a los geómetras que se habían atrevido a considerar a los astros como cosas y ya no como dioses, ha sido universal.

La confabulación de los artistas en contra de los naturalistas es una fatalidad ineluctable, aunque tiende a ser remediable con el progreso de las luces.

Han sido los poetas más excelsos aquellos que han comprendido que la ciencia ha ensanchado maravillosamente los límites del Universo hasta profundidades ante cuyo abismo se detuvo tímida la más vehemente de las imaginaciones.

Lucrecio, Dante, Omar al Khayyan y Shelley, que cantaron a las tempestades y a los vientos, a las alondras y a las órbitas de los cuerpos celestes, Poe, que labró en cuatro líneas y dos metáforas con cincel de suave ritmo el más noble mármol que eterniza a Newton, son los maestros ejemplares de a qué cumbres puede llevar el buen entendimiento de todas las potencias del alma.

¿Y no está aquí tan cerca de nosotros el espíritu de Sor Juana para asegurarnos que los símbolos del Álgebra y las imágenes geométricas son como escalas para ascendernos al más pronto y platónico conocimiento de lo Eterno, de Dios?

Quienes lean cuidadosamente a Alzate observarán lo que en mí ha sido inmediata persuasión: no obstante su lenguaje sin aliño, su falta de sintaxis lógica que refleja a la inteligencia disciplinada y de clarísimas ideas así como de soberanos juicios.

Docenas de docenas de libros se han escrito por traviesos y desocupados turistas norteamericanos sobre el pasado, presente y futuro de México; todos ellos, ya se llamen Stuart Chase, Carleton Beals, Hubert Herring, Eyler Simpson, Anita Brenner, David N. Lawrence,

Frank Tannenbaum o Joseph Steinbeck, se han empeñado en descubrir que **México es un país predominantemente indio**. Todos ellos, notable hecho, son mentes escapadas de los museos franceses del siglo XVIII, son hijos de ese falaz reaccionario y exaltado retrógrado que se llamó Juan Jacobo Rousseau.

Turistas literarios que, ineptos para entender la compleja estructura del siglo XX, el conflicto gigantesco de nuestra época, se han refugiado en la pervertida y simplista doctrina de Juan Jacobo sobre la inocencia de la primera edad, del retorno al instinto, de la vuelta a los días de oro y de la fábula del excelente y feliz salvaje.

Aplastados por la sombra de los rascacielos de sus urbes, estos aventureros han creído ver en nuestra Patria a la Arcadía del ramillete de oro y fascinados por nuestro paisaje y las ruinas arqueológicas de que está sembrado, han negado a todos los vientos la filiación victoriosa de México a los más elevados ideales de la cultura de Occidente, entre éstos el ideal griego de la belleza y el ideal escolástico de la razón.

Contra el juicio frívolo de esos malos imitadores del Barón de Humboldt, se levanta la figura diderotiana y condorcetiana de José Antonio de Alzate. Un pueblo que produce en su etapa de evolución del siglo XVIII a una mente capaz de la sintáxis lógica que campea en los escritos hasta ahora conocidos de nuestro Alzate, es un pueblo muy distante, muy ajeno, muy diverso del pueblo de MENTE PRIMITIVA que esos viajeros tienen la alucinación de haber querido encontrar en el pueblo mexicano.

En tanto que en las universidades de Harvard y de Yale todavía se enseñaba a fines del siglo XVIII como una teoría científica el sistema del Cosmos de Ptolomeo, en la Nueva España, en la misma época y muy antes, José Antonio Alzate no tan sólo exponía el sistema de Copérnico, sino manejaba las leyes keplerianas y las teorías de New-

ton aplicándolas felizmente al estudio de temas concretos de Astronomía y de Física.

Si el criterio jacobino de la cultura quedó ya reducido nada más a una medicina para millonarios aburridos y dispépticos ¿qué crimen ha cometido México para que sus impreparados visitantes y jueces borren de una plumada todas las tradiciones de cultura occidental de las que Alzate no es un solitario peñón en la llanura, sino elevadísima cumbre de una cordillera?

Ciertamente, Alzate, en nuestra historia, no es un expósito. Es heredero de genios y antecesor de genios. Tuvo en torno suyo a quienes podían ser sus alternantes más dignos y solamente dos que sean nombrados, don Antonio León y Gama y don Joaquín Velázquez y Cárdenas de León, sobran para definir el ambiente en el que luchó sin cesar contra toda suerte de adversidades y entre ellas ese hondo prejuicio tan arraigado de la inutilidad y baja ley de las investigaciones científicas.

No obstante que la abundosa prosperidad de la Nueva España fué el resultado innegable de un invento de metalurgia que durante tres siglos no pudo ser mejorado; a pesar de que el auge de nuestras minas y los torrentes de plata que de ellas salieron para sacar de la miseria y de la parálisis social a las naciones europeas estimularon numerosas industrias y dieron ocasión al follaje arquitectónico que da sombra en la inmensa despoblación de nuestro territorio, ni los gobernantes del Reino de la Nueva España, ni los próceres y magnates, pudieron evadirse o no quisieron hacerlo, de ese prejuicio, que se ha prolongado hasta nuestros días, con enorme daño para el progreso mexicano.

Los reyes de Inglaterra y de Francia y los muchos príncipes de Italia advirtieron en oportuno tiempo que la ciencia merecía tener tan generosos mecenas como los que habían prodigado al arte y a las letras. Carlos II de

Inglaterra y Luis XIV de Francia, tantos que son incontables de la península latina y luego Catalina II, Federico el Grande, Cristina de Suecia, encarrilaron a sus países por la vía del más rápido progreso con su munífico amparar de las academias y fué así como los del Renacimiento, que habían agotado a sus genios pictóricos y literarios, se colmaron de fuerte contenido en el XVII y en el XVIII, de insignes acontecimientos en la evolución del pensamiento científico.

España, en lamentable contraste, levantó los hombros desdeñosamente, orgullosa y vanidosa con las galas de su Siglo de Oro y no quiso favorecer a las ciencias. Cerró las puertas a la renovación y se sintió completa con sus místicos y sus poetas, con sus músicos y sus pintores.

España se quedó en zaga y su preponderancia en la cultura de Occidente se esfumó en un ampo de nieblas. Desde entonces, España, pese a todos los trabajos que se han hecho para recuperar lo perdido, no ha vuelto a ser cabeza, aun habiendo producido geniales talentos.

La historia del pensamiento moderno está hondamente marcada por la ausencia de España y, en cambio, el sitio que ella hubiera podido tener, lo han ocupado naciones pequeñas como Dinamarca, Holanda, Suecia, Suiza y Bélgica.

En la Nueva España aconteció tres cuartos de lo mismo. Tanto en la Universidad Pontificia como en los Colegios y en la cuantiosa producción bibliográfica de los siglos XVI, XVII y XVIII lo que prevalece, además de los sermones y sermonarios, es la literatura y la retórica sobre la producción tecnológica y científica. Las excepciones son en cambio, magnas.

Es digno de mencionarse como un acontecimiento capital que las **Cartas de Relación** de Hernando Cortés iniciaron en el nuevo ambiente espiritual de México una pro-

digiosa era de obras descriptivas sujetas a un minucioso realismo.

La monumental obra de Sahagún junto con la clásica de Bernal Díaz definieron un estilo para aproximarse a los complejísimos hechos sociales, dentro de su ambiente genuino, que, se anticipa al establecimiento de las reglas del método y cuando son conocidas esas obras siglos más tarde por Herbert Spencer le indican a este portentoso sistematizador que de un modo implícito las contenían.

Podría explicarse esta alta calidad que contrasta con las fantasías que entonces se desataban de las imaginaciones exaltadas de los europeos sin ningún freno, sobre todo tratándose de viajes, por la ninguna necesidad que tenían los autores considerados de exagerar o de inflar, puesto que, lo que veían, era más que singular y extraordinario para que excitase a alterarlo.

Indudablemente que esto no quiere decir que semejantes descripciones fuesen tan objetivas como para hacer que desapareciera la primera persona. Sus autores eran humanos y en mayor o menor medida, personajes del drama histórico que estaban pintando. Empero, no es sensato exigir más imparcialidad que la que ellos han mostrado y su criterio, que casi merece ser calificado criterio positivo, fijó una escuela que tuvo continuadores tan gloriosos como Clavijero.

Mas, de un modo sistemático, las ciencias no fueron estimuladas y sí fueron penetrando las corrientes revolucionarias del pensamiento, tal aconteció, desde el siglo XVI, de una manera más privada que pública, aunque, de cierto, sin ser tampoco sistemáticamente estorbada por los gobernantes, entre los que, algunos de ellos, se complacían en la lectura de los libros que estaban haciendo de Europa otra Europa y de la vida del hombre otra vida.

Ilustran sobre esta materia las listas de información que se han publicado de los libros que entraban por Ve-

racruz; asimismo que en la desbandada de las bibliotecas de conventos y seminarios, los catálogos de numerosos institutos civiles adonde fueron a parar indican qué se leía y cómo se leía en aquellos siglos que narradores cargados de prejuicios describen como una época tenebrosa.

Primeras ediciones de las obras de Cartesio, de Newton, de Cardanis, de Cassini, de Clairaut y de Buffon nos revelan que no tan sólo recibían las marcas de fuego de sus propietarios sino las sutiles anotaciones de comentaristas celosos de extraerles toda la substancia y aquilatarla sin temor ni sentimiento de inferioridad.

De este gentil y noble esfuerzo privado Alzate es no la excepción, sino la sublime confirmación en el que fué llamado siglo de las luces, el siglo de los enciclopedistas y de las reevoluciones.

Alzate fué favorecido además de los dones del talento y del carácter, de la curiosidad nunca satisfecha que es el motor de los investigadores de la Naturaleza, por las dádivas de una posición económica que con su cuantía le permitió ser su propio mecenas y así librarse de tener que ocurrir a las limosnas de los poderosos, a las migajas de los potentados.

No fueron pobres cultivadores sus padres, como se había asentado en algunas biografías conjeturales, sino agricultores ricos de esta antigua jurisdicción de Chalco, y poseedores de un haber que alcanzaría en nuestros días a un medio millón de pesos.

Pudo por ello Alzate entregarse sin cuidados de la vida ordinaria a la adquisición de saber y su buena madre fué celosa de asegurarle sus estudios instituyendo para él una capellanía en la ciudad de México y dotándole de amplios recursos.

Invirtiendo su patrimonio en libros, en viajes y en costosísimos instrumentos, Alzate pudo aprender la sabidú-

ría de los maestros y allegarse conocimientos directos. No satisfecho con ello, de su peculio pagó la impresión de algunas de sus obras y la edición de esos periódicos que hoy son preciadas joyas bibliográficas y que se denominaron el Diario de México y las Gacetas de Literatura de México.

De la adolescencia y de la juventud de Alzate todo lo ignoramos, excepto que fué colegial de la Universidad Pontificia y de que "en doze de Henero de mil setecientos cinquenta y tres" recibió el grado de Bachiller en Artes por examen, aprobación y suficiencia para cualquiera facultad, de mano del Licenciado y Maestro don Manuel García de Arellano y también que en treinta de Abril de mil setecientos y cinquenta y seis, de mano del Dr. Rafael García de Arellano recibió el grado de Bachiller en Theología en un actillo en el que arguyó con reputados catedráticos y probó sus cursos y las diez lecciones capitales, en el término de veinticuatro horas.

Noticias de algunos contemporáneos y pósteros lo describen como de genio subido y dado a la misantropía, tendencia que lo condujo a buscar en el sacerdocio un refugio.

Puede por ello asegurarse que para juzgar a Alzate, como en pocos casos es tan necesario y oportuno aplicarle la admonición de Jesús: **al árbol por sus frutos.**

Por los opimos y jugosos frutos sacamos que el árbol era opulento, de frondoso y eternamente fresco follaje, de tronco robusto como tronco de roble y con raigambre capaz de resistir huracanes y vendavales.

Estos frutos revelan que Alzate, lejos de ser misántropo, era un filántropo inmensamente amoroso de su patria y constantemente preocupado por su progreso.

El sentido social de la cultura, presente en todos y cada uno de los escritos de este talento, lo filia como un par de Dionisio Diderot, de Jean D'Alembert y del afínadísimo Conde de Montesquieu. El título de enciclopedista

que se la ha dado por sus biógrafos como un título por antonomasia, merece ser examinado minuciosamente.

Opino que se la ha discernido desde una concepción meramente cuantitativa de la variedad de sus conocimientos en matemáticas, astronomía, historia, física, química, botánica y aplicaciones múltiples de estos conocimientos.

No fué enciclopedista Alzate por haber abarcado tantas jerarquías del saber humano, sino por el buen entendimiento de orden y de armonía que en su saber supo incluir y por estar animado, como los verdaderos enciclopedistas, de un generoso anhelo de hacer el bien de sus semejantes previendo para obrar sobre las sólidas bases de lo observable.

De ahí que no se haya reservado para la cátedra, el gabinete, la tertulia y el cenáculo, sino que, como Benjamín Franklin, haya querido darse a los suyos y a los demás con un ímpetu de proselitismo que no fué detenido sino por la muerte.

Favoreció a la acción social de Alzate al través de sus periódicos y especialmente de las Gacetas, el renacimiento que en España promovió la dinastía de los Borbones encarnada en la persona de Carlos III.

Salió España del marasmo en que la había subido un soberbio aislamiento hijo de una exagerada estimación de sí misma y la era de la ilustración se subrayó como una época en la cual, para no perecer espiritual y materialmente era ineludible el afrancesamiento.

La Francia del siglo XVIII fué la sublime y asombrosa coordinadora de la cultura acumulada en los siglos anteriores. El genio de Newton pareció dejar en tal agotamiento a Inglaterra que bien puede aseverarse históricamente que no tuvo el artífice del nuevo sistema del Mundo quien continuara su obra en su propio solar.

En cambio, el siglo XVIII es el siglo en que Francia hace de la cultura de Occidente no tan sólo un orden en

la cultura, sino una cultura de orden, y ello en el fragor de las más enconadas disputas, de la corrupción política y administrativa de la realeza, de la degeneración de la aristocracia y de los embates de la reacción de la mente primitiva, encarnada en Rousseau y en Voltaire.

El verdadero sentido empírico lógico de las leyes naturales, expreso en la obra capital de Montesquieu, abrió las rutas para que Lavoissier y Bichat crearan de un solo parto a la Química y a la Biología como dos nuevas ciencias y a que se estableciera la probabilidad lógica de que los hechos sociales y morales podían ser investigados con el mismo riguroso método que había dado tan sorprendentes resultados en la investigación del Universo.

La coronación de ese siglo está para Francia en la Mecánica Analítica de Lagrange y en la Mecánica Celeste de Laplace y en el proceso de unificación de los conocimientos al convertir en matemática a la física y, por el pensamiento de Tungot y Condorcet abrir el camino a la ciencia social.

El afrancesamiento de España fué de la más valiosa laya, fué un afrancesamiento nacido de un noble deseo de superación y de progreso. La hispanidad antisocial y antimoderna de los Austrias, las trabas que por ignorancia y torpeza habían puesto al desenvolvimiento de sus colonias y especialmente de la Nueva España, todo ese conjunto de restricciones que castigaron a nuestro país como si en vez de haber sido un hijo agradecido y dádivo fuera un hijo maldito, fueron en gran parte abolidas.

De esta iluminación o esclarecimiento de la atmósfera Alzate gozó las felices consecuencias que llegaron como una aurora de mejores tiempos a la Nueva España, y, al final de su vida le tocó asistir a la reforma de la enseñanza iniciada en el año de 1792 con la fundación del **Real Seminario de Minería**, cuna y hogar de las ciencias natu-

rales y del movimiento científico mexicanos que florecieron lozanamente hasta que la reacción anti-intelectualista de los poetas, de los oradores y de los espiritistas vino a cortar en 1910 las alas a nuestra vida mental y en 1921 a asfixiarla en retóricos sentimentalismos indostánicos y rouseaunianos, en peripatéticos devaneos de la misma laya que aquellos con los cuales Alzate lidió con las agudas armas de la ironía, del sarcasmo y de la contundente exhibición de los hechos.¹

El tono agresivo que campea en las **Gacetas**, con el cual ejerce las más severas críticas y plantea temerariamente los problemas de más alta importancia; el hecho de que Alzate fuera consultado para opinar sobre asuntos de salud pública y también el que algunas de sus iniciativas, como la de los servicios de alumbrado, de limpia, de nomenclatura y de edificación y planeación se cumpliesen bajo la ejecutoria del gobierno, permiten inferir que Alzate, aun dentro de su carácter sacerdotal, disfrutaba de una libertad de expresión y de imprenta que se antoja extraordinaria para aquellos tiempos que se suelen imaginar estrictamente dominados por la Inquisición.

La obra científica de Alzate de índole específicamente técnica no ha llegado íntegra al conocimiento de sus pósteros. Gran parte de ella quedó inédita y se cree que en el saqueo de los archivos de la Catedral Metropolitana los manuscritos se dispersaron y deben ahora estar revueltos u ocultos si es que no fueron destruidos por la incuria, la ignorancia o la maldad, como ha acontecido con tantas páginas que debían ser inmortales.

El Barón de Humboldt estimó a Alzate como poco

¹ (1) Al escribir estas líneas se hace pública la determinación de las universidades de México de considerar a la investigación científica como tema capital de su programa de vida, la cual había sido proscrita sistemáticamente desde 1910, como una fase de la rebelión de los ateneístas.

profundo en comparación a sus dos más destacados émulos, a saber: don Antonio León y Gama y don Joaquín Velázquez y Cárdenas de León.

Las **Gacetas** son obra de difusión de conocimientos científicos y de iniciativas tecnológicas puestas al alcance de los legos aunque no de los indoctos.

Alzate merecería el ser llamado ahora un **redactor científico**, a la manera de los indispensables que tienen a su servicio los grandes periódicos de los Estados Unidos y de los que carecen, en absoluto, los diarios y revistas mexicanas del presente.

Su actividad deliberada consiste en poner en contacto al público que no ha seguido una carrera especial con los conocimientos que habrán de orientarle y estimularle a actuar eficazmente en la vida de la nación. Basta el examinar esa literatura para convencerse de que Alzate, si podía ser tan atinado vulgarizador, era debido a la posesión de un saber no solamente profundo, sino sistemático y de un criterio filosófico superior al de sus dos émulos nombrados.

Si Humboldt hubiera estudiado con detenimiento la obra de Alzate descubriera, no hay duda, que el mexicano había sido un Humboldt a su manera, dentro de sus límites y que, en la lejanía de la Nueva España, haberse elevado a la universalidad que abarcó, indicaba el haber sido dueño de un intelecto fuera de lo usual.

Están en ese mismo caso León y Gama y Velázquez de León, pues ambos, sin haber salido de la Nueva España alternaron con avezados europeos, especialmente el último, quien dió al célebre astrónomo francés el Abate Jean Chappe D'Auteroche la sorpresa de su vida con sus cálculos sobre el Tránsito de Venus sobre el Disco del Sol acaecido en 1768 y para el cual vinieron a observarlo dos comisiones de peritos, una de Francia, encabezada por el referido abate y otra de España, las que encon-

traron ya en el terreno, calculado meticulosamente a la modesta comisión mexicana dirigida por Velázquez.

En otro ambiente, con el amparo de gobernantes y de potentados, protegidos por academias y sociedades de real influjo, seguido de una cauda de discípulos, constantemente emulado por los acicates del premio y de la gloria, Alzate hubiese quizás competido con los grandes creadores del siglo XVIII.

Aun su obra, tal como fué, trasladada al horizonte norteamericano, haría de él un Franklin, en tanto que entre nosotros es casi un desconocido.

Pugné Alzate como periodista científico por la modernización de la enseñanza, por la substitución de los métodos escolásticos y por el abandono de la retórica. Sostuvo polémicas que llegaron a ser agrias, se concitó enemigos y rivales. Empero, su ideal fué realizado más allá de los límites que él habría ambicionado y muy rápidamente.

Al referirse a la protección que los poderosos europeos daban a los astrónomos y matemáticos para que se investigara la verdadera figura de la Tierra, señala el penoso contraste de lo que pasaba en Nueva España donde “no se ha dado el más ligero paso para contribuir a tan útiles conocimientos: la falta de la protección real, porque no se ha ocurrido a solicitarla; el menosprecio de las matemáticas (es necesario confesar la verdad), a causa de que apoderados de la enseñanza y dirección los que sólo piensan en lo que se supo ahora muchos siglos, y que reputan por impertinentes novedades **todo aquello que ignoran aunque sea útil** todo esto ha contribuido a que en Nueva España no se haya dado la menor pincelada acerca de materia de tanto interés”.

Pocos años más tarde, en el Seminario de Minería, se ponía remedio a esta deficiente situación y la matemática ocupaba su solio modesto que en el curso del siglo

XIX y principalmente desde la Reforma iba a ser un tro-
no magnífico labrado por una constelación de talentos
cuyos nombres preclaros son decoro y gloria de nuestra
Patria.

¡Con qué íntima fruición contemplaría ahora Alzate
a los jóvenes matemáticos mexicanos que, surgidos de la
angustia, de la desolación y del desencanto, constituyen
una de nuestras más legítimas y fundadas esperanzas
de progreso y aseguran que ha habido continuidad y fi-
delidad entre nosotros a la cultura de Occidente, desde
aquel Agustín Rotea, reformador de Euclides y mentor
de Díaz de Gamarra a quien Alzate elogia al través de
su larga vida de padecimientos y de miserias consagrada
a la matemática, pero en feliz ignorancia de la "Geome-
tría política" o arte de las genuflexiones y de "medir los
zaguanes de los poderosos que proporcionan empleos".

Conocía a fondo Alzate la tragedia económica de la
Nueva España hija de su propia abundancia.

Sabía que la concupiscencia de los covachuelistas y
favoritos de los monarcas españoles habían decretado
para nuestra patria el triste destino de ser un país mo-
noprodutor o únicamente productor de plata.

No ignoraba la aplastante estadística de don Joaquín
Eguía en la que se revelaba que la Nueva España depen-
día de un 80% de su total riqueza de las minas argen-
tíferas y el resto significaba el valor de la agricultura, la
industria, el comercio y los transportes.

Tampoco le era extraño que funestas ordenanzas ha-
bían constreñido al comercio y limitado a la agricultura
impidiendo la plantación de vides, moreras y olivos que
hubieran podido dar origen a una riqueza básica indes-
tructible.

De igual modo, y así se aprende en sus *Gacetas*, se
daba clarividente cuenta de que siendo el mercurio o el
azogue elemento indispensable para la química del Be-

neficio de Patio, era tan absurdo como infame que abundando el país en yacimientos fuera forzado el traerle de las minas españolas de Almadén; asimismo, comprendiendo que en las postrimerías de su siglo el mundo había entrado con paso firme en la edad del acero, advirtió la ingente necesidad de que se establecieran ferrerías o fundiciones en la Nueva España.

Con una franqueza inaudita, criticó a la minería y a los mineros por sus procedimientos rutinarios y apáticos; elogió a Velázquez en quien saludó al reformador tan apreciado y anhelado y expuso toda una teoría de razones para probar que nuestro país estaba ya maduro para un gran destino y merecedor era de ello.

Deseoso de contribuir al fomento de riquezas fundamentales que alejaran el peligro de un fatal hundimiento económico, en sus *Gacetas* ofrece a la iniciativa de sus conterráneos una porción cuantiosa de posibilidades, algunas de las cuales aún esperan a los hombres enérgicos que quieran enriquecerse con su trabajo.

La cochinilla, el copal, la yerba del pollo, los camaleones, la chía, la morera, las vides, el olivo, el ámbar amarillo, el chayote, el algodón, el comején, las lacas de Olinálá, los ajolotes, los tomates y galtomates y el tequestquite así como otros muchos capítulos explotables de nuestra fauna y flora merecieron su análisis encaminado a promover el bien público.

Estudió minuciosamente el contrabando comercial motivado por lo vicioso de leyes y reglamentos que aislaban a la Nueva España del exterior y condenó a la legislación antinatural que se impone en contra del derecho a vivir de las sociedades humanas. Su crítica fué tan abierta que se asombró uno de que no haya sido declarado en rebeldía. Indudablemente que las *Gacetas* de Alzate fueron levadura en el fermento que agitó la lucha por la independencia del Reino, por conjetura de lo que hubiera po-

dido ser su ancianidad, de no morir el 2 de febrero de 1799, Alzate estaba llamado a ser uno de nuestros libertadores.

Sus augurios se cumplieron rigurosamente de 1810 a 1814.

En cuatro años, cuatro años de guerra y de matanza, realistas e insurgentes, con igual saña, con los mismos métodos de violencia, destruyeron totalmente a la minería mexicana y en cuarenta y ocho meses se hundió el trabajo de hormigas y de topes de casi tres centurias.

La Nueva España, nación la más rica de América y quizás del Mundo, genial en sus tradiciones de grandeza y de espiritualidad, quedó reducida a una quinta parte de su potencia económica y ésta todavía muy mermada.

Cuando en 1821 principió la vida de México, el país estaba anémico y la hacienda pública tuvo que mendigar auxilios de aquellos que habían visto con envidia el esplendor de la Nueva España.

Todas aquellas explotaciones de la riqueza territorial propuestas por Alzate, habían sido rechazadas como poco útiles ante la fácil riqueza surgida de los metales preciosos.

Su proyecto de una fundición que proporcionara acero para la industria, estaba ya siendo ejecutado por el insigne don Andrés del Río, cuando la pugna armada lo redujo a un ensueño.

Empero, todo el sentido social de las *Gacetas* floreció en el nuevo espíritu de los hombres que tomaron con inexpertas manos el manejo del país. A partir de 1821, puede afirmarse que los hechos van culminando hacia el parcial cumplimiento del programa trazado por Alzate.

Poco a poco la Naturaleza es auscultada más y más para pedirle consejo y ese menosprecio a las matemáticas se convierte en amor a ellas. Hasta un Presidente de la República, don Anastasio Bustamante, las cultiva,

y de ello se vanagloria y en el seno mismo de la Iglesia surgen cultivadores de la Astronomía, de la Física y de la Matemática, como el P. Díez Sollano, glorioso traductor de la Física de Pouillet.

En 1833 se funda la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, primer centro de estudios que coordina la actividad intelectual en torno de las ciencias puras y aplicadas.

La Universidad Pontificia, que estaba impregnada de peripatismo en el siglo de la inducción y del método experimental, fué clausurada y la Escuela de Medicina y el Colegio de Minería cubrieron con énfasis y gloria su falta promoviendo el estudio sistemático de nuestros problemas desde el punto de vista positivo.

Por ello es que Alzate fué siempre reconocido como un guía y un maestro. La reimpresión de sus *Gacetas*, efectuada en la ciudad de Puebla en el año de 1831, es el signo elucidador de que su palabra resonaba como una voz que convoca al trabajo ordenado y muestra el buen camino.

Alzate labró con sus propias manos el mármol que le immortaliza. Es símbolo de excelencias y por su amor al bien público, un patricio.

¡Quisiéramos tener reunidas todas las reliquias de su paso por la tierra; ver uno a uno, reunidos, los libros en cuyas ideas embebeció su espíritu para elevarse a la contemplación de las cosas bellas y sublimes; examinar los barómetros, telescopios, higrómetros, termómetros, péndulos, retortas y sopletes que formaron su laboratorio; ir descifrando, letra a letra, sus manuscritos, para reproducirlos en suntuosas ediciones con primores de las artes del libro!

Todo lo que Alzate hizo por nosotros está contenido en su Elogio a Benjamín Franklin. Reconoció a fondo la grandeza moral de este patricio, aplicó sus teorías sobre

los rayos y vaticinó el formidable y rápido progreso de los Estados Unidos donde de un golpe se pasó del sistema de Ptolomeo al sistema de Laplace y la matemática y la física recibieron el portentoso apoyo que proporcionaría a la industria los gigantescos recursos para multiplicarse.

Alzate repudiaba, como todas las mentes científicas, al sectarismo.

Todo ultraje a la realidad de los hechos le indignaba y así como reconocía con tristeza que en la Nueva España la astronomía, la física y la matemática no habían recibido impulso en sus sesudas críticas la clasificación de Linneo, defendía la tradición de nuestra cultura con frases llameantes en las que expone cuán numerosos y variados eran los conocimientos de la flora en los aborígenes y lo que desde el notable médico de Felipe II, Dr. Francisco Hernández se había hecho, con y sin la protección de los reyes, para ahondar en ese conocimiento cuyas variedades descritas sobrepasan a las cifras presentadas por Linneo.

Anhelante de superación y deseoso de progreso, Alzate encontraba en la justicia a lo pretérito un punto de apoyo inquebrantable. Así es que se batió con gallardía con los que sistemáticamente denigraban a España y a la Nueva España.

A esos viajeros precursores de los turistas que tras de una breve visita a México se sienten ya capaces de juzgar sobre lo pasado y vaticinar nuestro porvenir, Alzate los despedazó con verdadera furia, mas sin perder jamás los estribos.

El Abate de la Porte y el apóstata Tomás Gage y otro Abate llamado Gilli, son expuestos en el ridículo de sus falsedades e incongruencias por Alzate, en defensa de lo que no por ser nuestro, sino por ser como es, no debe falsearse ni juzgarse a la ligera.

¡Ejemplo que nuestra generación no ha querido imi-

tar, quizás por miedo, frente a la avalancha de páginas impresas en las que Gillis, Portes y Gages del Siglo XX, con más ignorancia y petulancia que voluntad de hacer daño, han desfigurado y alterado la incomparable realidad mexicana!

Alzate vivió enterado de que si el siglo XVIII merecía ser llamado el siglo de las luces por el deslumbrante mediodía al que habían alcanzado las ciencias naturales, la tiniebla en que se hallaban los "hechos de la historia profana", es decir, los hechos sociológicos, diríamos ahora, no permitía prodigar a la época tal calificativo.

El amor del mexicano a México, entrañable amor que se acrecienta en la ausencia y en la distancia, está palmariamente justificado.

Aun ignorantes de que hemos tenido a un Bartolache, a un Velázquez, a un Eguía, a un Del Río, a un De Elhuyar, a un León y Gama, a un Díaz de Gamarra, a un Rotea, a un Bermúdez de Castro y a tantos otros dignos alternantes de José Antonio de Alzate y Ramírez en su época y en sus aficiones, amamos a México convencidos de que amamos a algo no tan sólo bello, sino grande.

Es que el árbol se le conoce por sus frutos. Y los frutos que hemos todos probado, aun siendo algunos bien amargos, en la vida de México, nos hacen presentir a todos que el árbol es opulento, es vigoroso, está bien arraigado.

¡Amparémonos bajo su protectora sombra y descubrámonos al conjuro de una de sus más bienhechoras ramas, simbolizada en un nombre que debemos pronunciar con unánime orgullo: ¡ALZATE!

La Naturaleza nos contempla aquí, conmovida, de que en este escenario de nieve y de granito, de nubes y de horizontes profundos, de torres señeras y de campanas agoreras, nos hayamos reunido en gozosa comunión de almas a glorificar a uno de sus más fieles intérpretes.

